

# La recepción de Alfonso Fernández de Madrigal en el siglo XVIII. Su presencia en la obra de Juan Andrés<sup>1</sup>

ANTONIO LÓPEZ FONSECA  
Universidad Complutense de Madrid  
alopezf@filol.ucm.es

**Resumen:** El objetivo de este trabajo es estudiar la presencia de Alfonso Fernández de Madrigal, «El Tostado», en el siglo XVIII en general y en la obra de Juan Andrés en particular. Ambos autores, caracterizados por un humanismo cristiano, son representativos de dos épocas que suponen el tránsito hacia una nueva concepción del hombre y la cultura y guardan una especial relación con el saber y la tradición, además de ofrecer la fusión entre una inmensa erudición y un espíritu filosófico. Tras analizar los paralelos entre ambas épocas y autores, así como la fortuna de «El Tostado» en el siglo XVIII español, se ofrece un estudio de la presencia del obispo en la obra de Juan Andrés.

**Palabras clave:** Madrigal; Juan Andrés; Humanismo; Ilustración.

## Alfonso Fernández de Madrigal's reception in the eighteenth century. His reception in the writings of Juan Andrés

**Abstract:** The principal objective of this paper is to study the presence of Alfonso Fernández de Madrigal, also known as «El Tostado», in the eighteenth century in general and in the work of Juan Andrés in particular. Both authors are characterized by their Christian humanism, and each of them represents a period in transition towards a new conception of men and culture and maintains a special relationship with knowledge and tradition, while combining a vast erudition with a philosophical mindset. After analyzing the parallelism between both writers and their times and the fortune of «El Tostado» in eighteenth-century Spain, this paper studies his reception in the writings of Juan Andrés.

**Keywords:** Madrigal; Juan Andrés; Humanism; Illustration.

---

<sup>1</sup> El presente trabajo se inserta en el Proyecto de Investigación «Práctica literaria y mitológica en el siglo XV en Castilla. *Comento a Eusebio y Brevíloquio* del Tostado: edición crítica del texto latino y castellano» (FFI2016-75143-P).

## 1. NUEVOS TIEMPOS EN BUSCA DE LA LUZ: HUMANISMO E ILUSTRACIÓN

Cabe señalar un paralelo general entre todo lo que logró la tan cosmopolita cultura grecolatina y el proyecto civilizador del siglo XVIII, que atenuó en lo posible las diferencias nacionales entre los pueblos a partir de un sistema ideal de las Luces, forjado en el pensamiento y la educación, que repercutió con cierto aire clasicista en sus aspiraciones. No obstante, muchos territorios filosóficos y científicos de la temprana Ilustración quisieron definirse al margen de la Antigüedad, oponiéndose, incluso, por principio con sus apelaciones a una ciencia de novísimo cuño. No es menos cierto que sus hombres de cultura no se volcaron sin más en la novedad por la novedad, sino que se situaron entre dos mundos, con una base antigua y unos conocimientos modernos. No en vano, la cultura ilustrada fue heredera de un tiempo reciente que había perfilarado el choque entre el discurso de los modernos y los antiguos. El siglo ilustrado, fundamentalmente en las décadas centrales y en su segunda mitad, sirvió en bandeja una ebullición ideológica, artística, científica y erudita de extraordinario atractivo, donde por una parte se colocó el broche a toda la tradición filosófica y artística precedente y por otra se sentaron las bases de la controvertida «modernidad». Pero, más allá del afán de soltar el lastre de lo antiguo y apostar por lo moderno, la mirada a la Antigüedad fue constante. El racionalismo ilustrado apostaba por el hombre autóctono, libre, que tiene muy presentes los referentes clásicos (el ciudadano libre de la polis griega)<sup>2</sup>. En esa mirada a la Antigüedad, el punto que sirvió de referencia, de anclaje y trampolín, fue el primer Humanismo y el Renacimiento, del que no solo tomaron la «mirada clásica», sino también el molde de un «tiempo nuevo». El Renacimiento también había supuesto un cambio en la actitud del hombre frente al mundo a partir de la consideración de que el pasado grecolatino era la perfección en materia de creación humana, de suerte que buscaron en él los elementos que los ayudaran a interpretar el mundo. El Humanismo representó el sentimiento cultural que se atribuye al XV, fecha en que se concibieron los *studia humanitatis* como instrumento apropiado para conseguir la perfección del espíritu, y es la clave del magno movimiento intelectual que caracterizó el tránsito de la Edad Media a los tiempos modernos que llamamos Renacimiento. En ese sentido, puede decirse que fue un movimiento espiritual de liberación tras la superación de una etapa difícil, violenta, oscura tras la cual volviera a descubrirse el sol, la luz, un movimiento en virtud del cual las artes, la cultura, las ciencias, las letras fueron sacudidas en búsqueda de la verdad y la belleza. De manera paralela, la Ilustración supuso también el destierro de prejuicios, la modificación de las mentalidades arcaicas impermeables al progreso, el fomento del conocimiento o, dicho de otro modo, la instauración de

---

<sup>2</sup> Para esta cuestión es especialmente ilustrativo el trabajo de B. Antón Martínez (2005).

la «felicidad» por medio de la educación. En el siglo XVIII vinieron a confluír ideologías, esquemas de organización social, sistemas científicos y tecnológicos de antigüedad milenaria, y se pusieron las bases de lo que iba a ser la modernidad.

En la Ilustración encontramos una auténtica concepción humanística en la que el hombre se sitúa como principio y final del conocimiento, como origen y término de la ciencia humana. Así, M.<sup>a</sup> José Rodríguez Sánchez de León (2010: 329) apunta que

la concepción humanística según la cual el hombre constituye el punto de partida para el conocimiento de sí mismo, de Dios y de la naturaleza cobra durante la Ilustración un nuevo relieve. De hecho, podría afirmarse que el humanismo del Renacimiento mostró el camino al pensamiento ilustrado.

Estas palabras pueden servir de pórtico a este trabajo que pretende una aproximación a la presencia de Alfonso Fernández de Madrigal, «El Tostado», protagonista del nacimiento del Humanismo en la Castilla del XV, en el siglo XVIII en general y en la obra de Juan Andrés en particular, pues ponen el acento en las claves que en mi opinión explican la relación entre Humanismo e Ilustración, ambos «tiempos nuevos», así como la importancia del conocimiento de las Ciencias, entre ellas las Eclesiásticas. En una de las biografías que podríamos denominar «clásicas» sobre el abate, la de Adolfo Domínguez Moltó, se afirma (1978: 67) que para Andrés

toda literatura es igual a toda cultura, no solo las Bellas Artes, tal como ahora las entendemos, sino también la filosofía, las ciencias eclesiásticas, las ciencias exactas, las ciencias físicas y naturales en todos sus campos y ramificaciones.

Es muy importante no olvidar que en el siglo XVIII<sup>3</sup> se entendía por literatura un conjunto de saberes e intuiciones relativas a las ciencias, las artes, la política, la erudición, la filosofía, la música, etc. «Literatura» significa, pues, para ellos «cultura». Hay un afán por comprenderlo todo, por cuanto se refiere al hombre, un auténtico sentido «humanístico» en su acepción puramente etimológica<sup>4</sup>, hecho este que se incardina con el desarrollo de las obras enciclopédicas, del tipo de *Dell'origine, progressi e stato attuale d'ogni letteratura*, de Juan Andrés (1782-1799).

Si damos un salto en el tiempo y nos acercamos a una de las figuras más destacadas de la filosofía contemporánea, veremos cómo las palabras

<sup>3</sup> En la segunda mitad de siglo se dio un suceso político en el reinado de Carlos III que tendría resultados contradictorios para la cultura, a saber, la expulsión de los miembros de la Compañía de Jesús en 1767. Los jesuitas expulsos, entre ellos Juan Andrés, afincados en diferentes territorios italianos, produjeron un movimiento cultural de gran calidad por cuanto entraron en contacto con todo cuanto se producía en Europa en el campo del arte, la ciencia, la filosofía y la literatura. Miguel Batllori (1966) ha contado de manera admirable esa aventura.

<sup>4</sup> Para la etimología y acepciones del término «humanismo», cf. Giustiniani (1985).

del filósofo Byung-Chul Han (2015: 32-33) parecen poner el acento en las características de la obra de Juan Andrés:

En la Ilustración se conformó una concepción particular del tiempo histórico. En contraposición a la concepción escatológica del tiempo, parte de un futuro abierto. Su temporalidad no está orientada al ser para el fin, sino a la irrupción de lo nuevo. [...] La temporalidad de los acontecimientos no está marcada por un tiempo de transcurso circular, sino lineal, progresivo. [...] Ahora es la libertad la que determina la relación del hombre con el tiempo. Ya no está arrojado al final de los tiempos ni al ciclo natural de las cosas. La historia está animada por la idea de la libertad, del «progreso de la razón humana».

A mediados del siglo XVIII la idea de un progreso lineal comenzaba a consolidarse sobre la base de la nueva liberación humana creada por la ciencia. Esta nueva concepción del tiempo desarrolló un claro interés, entre otras cuestiones, por la literatura, en el sentido mencionado, como ciencia histórica apoyada en la teoría y procedimientos latinos y griegos (los principios de retórica que los colegios españoles proporcionaban eran, en lo sustancial, latinos, por ejemplo, el *Ars poética* de Horacio)<sup>5</sup>.

Autores como A. Mestre Sanchis (2000: 453) hablan de «la fuerza de una corriente humanista que corría a lo largo del siglo» y se pregunta si era un movimiento hispano, al margen de la Ilustración europea, o más bien uno de los caracteres de las Luces. Concluye que la Ilustración española, con las diferencias que se quiera, entroncaba con uno de los caracteres del movimiento de las Luces (Mestre Sanchis 2000: 455), en contra de la opinión de F. Sánchez-Blanco (1999), para quien los humanistas vendrían a constituir una rémora de las Luces por su afán de conservar el pasado. El abanderado de esa corriente humanista no sería otro que Gregorio Mayans y Siscar<sup>6</sup>, como heredero del sentir de humanistas (Casaubon, los Estienne, los Escalígeros, Lipsio, etc.) que marcaron la línea de un humanismo crítico, base de la actitud de los cristianos ilustrados<sup>7</sup>.

Pues bien, esa nueva relación con el tiempo de la que hablaba también se dio en la época del otro personaje del que tratamos, El Tostado, obispo

<sup>5</sup> Una circunstancia que abunda en esta idea es el hecho de que en el último tercio del XVIII se imprimen o reimprimen numerosas traducciones de textos clásicos (Glendinning 1993).

<sup>6</sup> Mayans, en su obra *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra* (1737) (editada por A. Mestre Sanchis [Valencia 1984]), también cita a «don Alonso Tostado, natural de Madrigal, de donde quiso llamarse, el qual nació cerca de los años del Señor de mil quatrocientos i murió en Bonilla de la Sierra, a tres de setiembre de 1455» (p. 275). No en vano, en el Capítulo III de la Segunda Parte dice don Quijote: «Pues en verdad que en solo manifestar mis pensamientos, mis suspiros, mis lágrimas, mis buenos deseos y mis acometimientos pudiera hacer un volumen mayor, o tan grande, que el que pueden hacer todas las obras del Tostado». Efectivamente, la obra de Madrigal, en su edición de 1596, comprende más de veinte gruesos volúmenes.

<sup>7</sup> Hoy sigue siendo fundamental para entender el pensamiento de la época ilustrada el libro de C. Cassirer (1972<sup>3</sup>).

de Ávila, en este caso en una nueva relación con el pasado clásico, en lo que Fernando Miguel Pérez Herranz, en su reciente libro *Lindos y tornadizos* (2016: 25)<sup>8</sup>, califica como

un nuevo humanismo, si *humanismo* significa formar las conciencias a través de los libros, testigos de sucesos extraordinarios y decisivos, acontecimientos vividos en el límite de la experiencia humana, que permanecen en la memoria porque hubo escritores que supieron salvarla.

Estos dos personajes y sus correspondientes momentos históricos arrojan algún paralelismo que nos ayuda a entender el eco de Madrigal en el siglo XVIII y su presencia concreta en la obra de Juan Andrés, a saber, se trata en ambos casos de un humanismo que podríamos calificar de «cristiano», de dos hombres de Iglesia que guardan una relación especial, y similar, con el saber y con la tradición, además de ofrecer la fusión entre una inmensa erudición y un espíritu filosófico, circunstancia esta última que Andrés exigía en las construcciones históricas, como bien apunta Garrido Palazón (1995: 115). Esto, podría decirse, proyecta la imagen, mejor el alma, de Madrigal sobre la obra del abate.

## 2. LA FORTUNA DE «EL TOSTADO» EN EL SIGLO XVIII: *STUPOR MUNDI*

Si de la enorme importancia de Madrigal ya entre sus contemporáneos hablamos, resulta inevitable remitir al excelente trabajo de E. Fernández Vallina en el que afirma (2011: 178, n. 48) que

desde sus editores a los colegas posteriores del San Bartolomé nadie dudó de la importancia y extraordinario saber del Tostado: así Polo, Bovosio, Berti, Fontano, Roxas, Pedro Ximénes de Próxamo (único discípulo del Tostado cuyo nombre conozcamos), Gil Dávila, etc. Hasta Nebrija, en su *Apología*, lo tuvo por el más docto y erudito profesor de la Universidad de Salamanca.

Alfonso de Palencia, poco después de la muerte del obispo en 1455, compuso una elegía en latín (Tate & Alemany Ferrer 1982: 78-100), una *laudatio* alegórica que comienza con la aparición de la Muerte que informa a un pastor del inminente óbito del prelado. La gente decide enviar a la Disciplina y la Agudeza para que convenzan a la Muerte de posponer su

---

<sup>8</sup> Es especialmente interesante para entender la filosofía de El Tostado el apartado titulado «Alfonso de Madrigal, El Tostado. Neutralización del Libro por la vía de la Ciudad» (2016: 275-278). En este sentido hay que recordar que la «Escuela de Salamanca», como corriente filosófica promovida desde la Facultad de Teología de la Universidad de Salamanca, se desarrolló en el siglo XVI sobre la base de lo construido en el XV, entre otros, por El Tostado y continuada por Pedro Martínez de Osma y Fernando de Roa, que muestran una porción de rasgos comunes que alcanzan también a la obra de Madrigal (Pena González 2015; Belloso Martín 1989b).

propósito diez años, pero de nada sirven los elogios que las embajadoras presentan. Y Gómez Manrique, cuando escribe el *Planto de las Virtudes e Poesía por el magnífico señor don Yñigo López de Mendoza*, menciona entre otras grandes figuras desaparecidas a El Tostado, de quien hace decir a la Fe lo siguiente (Vidal González 2003: 388): «Lloro el pilar primero / auilense que perdí, / el qual bastara señoero, / aun en el tiempo de Nero / para sostener a mí. / No creo de teología / San Agostín más sabía, / pues la Briuía toda entera, / si por fazer estouiera, / de nueuo la comporrnía<sup>9</sup>». No obstante, más allá de estas noticias, ahora interesa saber si en el siglo XVIII seguía gozando de un favor similar que lo hiciera atractivo para autores como Juan Andrés en la composición de sus obras.

El dato más importante a este respecto, más allá de lo valorado que ya pudiera ser Madrigal en el XV, lo encontramos precisamente en el siglo XVIII, en una de las obras de otro jesuita, historiador, biólogo y máximo exponente de la Ilustración canaria, José de Viera y Clavijo (1731-1813)<sup>10</sup>, que en 1782 publicó su *Elogio de Don Alonso Tostado, obispo de Ávila*, con ocasión del premio otorgado por la Real Academia Española<sup>11</sup>:

¿Pero quien es este literato español, quien es este grande héroe en ciencias y sabiduría, que se intenta hoy elogiar, parangonándolo con los que son héroes en el poder y majestad? Qué! ¿Don Alonso de Madrigal, el Abulense, el Tostado, habrá de oprimir todavía este siglo de luces con el peso de aquella admiracion desmedida que un siglo de tinieblas dexó por herencia y tradición á la incauta posteridad? Todavía la Academia Española no ha de poder volver en sí del pasado asombro, ¿y pretende que se tribute ciegamente á aquel *stupor mundi*, y sus veinte y siete volúmenes en folio, el mismo incienso supersticioso

<sup>9</sup> En todos los casos se citan los textos respetando la grafía y puntuación originales de las ediciones referenciadas.

<sup>10</sup> Fue amigo de Gaspar Melchor de Jovellanos y su obra maestra como historiador son las *Noticias de la historia general de las Islas de Canaria* (1772-1773). El polígrafo Marcelino Menéndez Pelayo, en la *Historia de los heterodoxos españoles* (1880-1881), obra editada por E. Sánchez Reyes (Madrid, CSIC, 1946-1948), se refiere repetidas veces a Viera y Clavijo, sobre todo a su obra sobre las islas Canarias. Para Menéndez Pelayo es un «escritor de mucho talento e imbuido en las ideas filantrópicas del siglo XVIII». Más curiosa es su inclusión en la obra de José Gomá Orduña, *Historia de la aeronáutica española* (Madrid, Prensa Española, 1946), que ofrece el dato de que el primer globo aerostático lanzado en España lo elevó en Madrid don José de Viera y Clavijo en 1783 desde los jardines de la casa del Marqués de Santa Cruz. Y dice: «pocas figuras tan interesantes en este siglo [...] se distinguió por su elocuencia y profundidad de pensamiento. Su actividad es maravillosa, y viaja por todo el mundo, tratándose con los personajes más encumbrados de los países que visita. Fue autor del notable libro *Historia de las islas Canarias*, que le valió ser nombrado académico de número en 1774» (cap. II, p. 29).

<sup>11</sup> Todas las citas del texto de Clavijo remiten a la edición de 1782 de Ibarra: *Elogio de Don Alonso Tostado, obispo de Ávila premiado por la Real Academia Española, en junta que se celebró el día 15 de octubre de 1782. Su autor Don Joseph de Viera y Clavijo, arcediano de Fuerte-Ventura, dignidad de la Santa Iglesia de Canaria, académico de la Real Academia de la Historia, historiógrafo de las Islas de Canaria*, Madrid MDCCLXXXII, por Don Joaquín Ibarra, Impresor de Cámara de S.M. y de la Real Academia.

de la plebe, sin advertir que este elogio ya llega tarde, y que mas necesita el Abulense de apologías que de aplausos?

Con efecto, el siglo décimo-octavo no es propio para celebrar el décimo-quinto, sino para juzgarle, ni la edad de la razón debe admirar la infancia de la literatura. Está muy bien que la barbarie de aquellos tiempos de ignorancia, en que los que parecían mas doctos pasaban por mas mágicos, se quedase atónita á vista de un nuevo prodigio de estudio, de memoria y erudicion: que entre nosotros esta erudicion misma debe tenerse por una segunda especie de barbarie, y la quimera de aquella ciencia universal, que entonces se apoderó de la Europa, por un fárrago de opiniones absurdas, falsas ideas, palabras vanas, preocupaciones y errores (pp. 3-4).

Esta obra supone un encendido y sincero homenaje a Madrigal en el que su autor hace un recorrido por la vida del abulense deteniéndose en sus saberes, obras y virtudes. Se trata de un precioso texto, breve, del que, más allá de su edición original en 1782 por Ibarra, y la reedición en 1799 a cargo de su viuda<sup>12</sup>, no hay aún edición moderna. El librito es buena muestra no solo del conocimiento de Madrigal en el siglo XVIII, sino, sobre todo, de la estima de que gozaba, hecho que estaría en consonancia con el conocimiento que, como veremos, Juan Andrés muestra de él en *Origen, progresos y estado actual de toda la Literatura*.

Testimonio de la fortuna de la que gozó este texto es el hecho de que ya a principios del siglo XIX otra obra dedica un amplio capítulo a «Tostado y Ribera (D. Alonso)» (pp. 363-382), a saber, la *Biblioteca de los escritores que han sido individuos de los seis Colegios Mayores*, de José de Rezabal y Ugarte (1805)<sup>13</sup>, en la que, además de continuas referencias a Nicolás Antonio, se pondera el «excelente *Elogio del Tostado* que ganó el premio de la elocuencia en la Real Academia Española» (p. 365) de José Viera y Clavijo, al que califica como «eloquente elogiador» (p. 382). Y poco después también se citará un fragmento del *Elogio* de Viera y Clavijo (concretamente de las páginas 12 —Así, yo solo quiero...— a la 14 —...que no había conquistado—) en la *Floresta española* de Antonio Garrido (1827)<sup>14</sup>. Pero la obra del canario seguirá viva, al menos, hasta mediados del XIX, como demuestra el hecho de que el *Tesoro de los prosadores españoles*, de Antonio

---

<sup>12</sup> *Colección de las obras de Eloquencia y de Poesía premiadas por la Real Academia Española. Parte primera: obras de Eloquencia*, Madrid MDCCXCIX, en la Imprenta de la Viuda de Ibarra (pp. 175-214).

<sup>13</sup> *Biblioteca de los escritores que han sido individuos de los seis Colegios Mayores: de San Ildefonso de la Universidad de Alcalá, de Santa Cruz de la de Valladolid, de San Bartolomé, de Cuenca, San Salvador de Oviedo, y del Arzobispo de la de Salamanca. Con varios indices. Por Don Josef de Rezabal y Ugarte, Caballero de la real y distinguida Orden de Carlos III. Del Consejo de S.M. y Regente de la real Audiencia de Chile*, Madrid, en la Imprenta de Sancha, 1805.

<sup>14</sup> *Floresta Española, o colección de piezas escogidas de los mejores autores, precedida de un discurso sobre el origen, progresos y decadencia de la Literatura Española, escrito por D. Antonio Garrido, Profesor de Lengua Castellana. Cuarta edición, considerablemente aumentada y mejorada*. Londres, en la Librería de Boosey e Hijos, Broad Street, Royas Exchange, 1827 (pp. 241-243).

Capmani (1841)<sup>15</sup>, incluya una ficha dedicada a D. José Viera y Clavijo (p. 569), en la que se reproduce el texto de las páginas 21-23 en que se cuenta el «gran duelo» entre El Tostado y Torquemada.

Resulta tremendamente difícil elegir algún fragmento de tan significativa obra, pues todo el texto es un auténtico panegírico, pero, no obstante, sí creo oportuno recoger algunas afirmaciones que me parecen especialmente significativas. Así, es calificado de «grande héroe en ciencias y sabiduría», de *stupor mundi* (pp. 3-4) y de su saber se dice que

lo mismo fué presentarse, que hacerse dueño como por sorpresa de la lengua Hebrea y de la Griega, de la Filosofía y de la Teología, del Derecho Eclesiástico y Civil, de las Letras Humanas y de las Divinas, de la Historia Natural y de la Moral, de la Cronología y de la Astronomía, de la Cosmografía y de las Matemáticas, de la Metafísica y de la Ética, de la Filosofía y de la Medicina, de las Artes liberales y de las mecánicas: porque teniendo una capacidad sin límites para todo aquello á que se aplicaba, él se aplicaba á todo, y nada se le resistía (p. 7).

Su capacidad era envidiable, «retenia en su tesoro todo quanto habia leído una sola vez: que le bastaba haber pasado qualquier libro por la vista para copiarle todo á la letra» (p. 8). La vastedad de su producción producía auténtica admiración: «si se calculan los años de su vida y las páginas de sus obras, se hallará que debió componer y escribir cada día tres pliegos enteros, ó quizá mas bien cinco pliegos, porque en su niñez y primera juventud seguramente no fué autor» (pp. 14-15), de donde el célebre dicho «escribir más que El Tostado»<sup>16</sup>. Un auténtico adelantado a su tiempo: «A los ingenios grandes que tienen la envidiable desgracia de ir mas de prisa que su siglo, y penetrar mas que los otros, siempre les ha sucedido lo que al perseguido Abulense» (p. 18) —y comienza aquí un comentario de las proposiciones y una comparación con Torquemada—. Finaliza el elogio lamentando que no hubiese vivido más tiempo un hombre que merecía ser inmortal: «Pero ya se sabe. Los monstruos viven poco. La naturaleza que se aparta de las leyes comunes para hacer el esfuerzo de formarlos, como que se cansa en la obra de su conservacion» (p. 31).

Este puede ser el principal argumento para justificar que Madrigal era bien conocido en la época en que Andrés escribe sus obras, pero se pueden acumular más argumentos textuales. Ya en el siglo XV, Fernando del Pulgar escribió sus *Claros varones de Castilla*, obra en la que se dedica un capítulo al «Obispo de Ávila» (Pérez Priego 2007: 196-198). Del Pulgar

<sup>15</sup> *Tesoro de los prosadores españoles desde la formación del romance castellano hasta fines del siglo XVIII; en el que se contiene lo mas selecto del teatro histórico-crítico de la elocuencia española de Don Antonio Capmani, recopilado por Don Eugenio de Ochoa*, París, Baudry, Librería Europea, 1841.

<sup>16</sup> Según L. Cuesta (1950) sus escritos suman un total de sesenta mil doscientos pliegos. Tomás de Iriarte, en sus *Poesías varias*, publicadas póstumamente en 1805, se refiere a la tremenda producción del madrigalense como punto de referencia: «Pues, sin ser ponderación, / no escribió tanto el Tostado / como avisos se han fixado / de la admirable invención / de Bragueros».



lo califica de «ombre agudo e de grand memoria» (p. 196) que «tanto resplandecía en ciencia e en vida onesta» (p. 196), y como testimonio de su importancia lo relaciona directamente con la corte de Juan II auténtico pórtico del Renacimiento:

El rey don Juan, que era un príncipe a quien plazía oír lecturas e saber declaraciones e secretos de la Sacra Escritura, lo tovo cerca de sí e le fizo de su consejo e suplicó al papa que le proveyese del obispado de Avila (p. 198).

Pues bien, esta obra, que vio la luz en Toledo en 1486, en las prensas de Juan Vázquez, fue reimpresa precisamente en el siglo XVIII, concretamente en 1789, en una edición<sup>17</sup> que recoge, en el Título XXIV (pp. 136-139), el capítulo dedicado a Madrigal. Pero más aún, la magna obra de Nicolás Antonio (1617-1684), su *Bibliotheca Hispana Vetus*, que viera la luz en 1696, fue reimpresa también en el Siglo de las Luces, en 1788, por el ilustrado Francisco Pérez Bayer<sup>18</sup>. Pues bien, esta obra dedica el Capítulo 7, del Libro X, del Tomo II, a *Alphonso Tostado Abulensi Episcopo*, que ocupa las páginas 255-260, con abundantísima información. Es aquí donde encontramos el apelativo que se extendería a partir de Viera y Clavijo de *stupor mundi*. Dice lo siguiente Nicolás Antonio (p. 257) a propósito de la extraordinaria memoria de Madrigal, al que compara con Gorgias:

Hac tanta, inquam, opus ei fuit memoria ut de re quacumque disputare posset, Gorgiae illius rhetoris exemplo, qui se in auditoriis (si fides aliqua est antiquitatis) qua quisque de re uellet interrogari permittebat<sup>19</sup>, locum dare, ut de se praedicaretur:

*Hic stupor mundi, qui scibile discutit omne.*

Hay que añadir un último dato a las referencias, citas, etc. al madrigalense en este siglo, a saber, la edición que en 1728 se hizo en Venecia de sus obras completas<sup>20</sup>. Así lo cuenta J. de Rezagal y Ugarte (1805: 371-372):

---

<sup>17</sup> *Claros varones de Castilla, y letras de Fernando del Pulgar, consejero, secretario y coronista de los Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel*. Con licencia. Madrid. MDCCLXXXIX, por Don Gerónimo Ortega e hijos de Ibarra.

<sup>18</sup> *Bibliotheca Hispana Vetus, siue Hispani scriptores qui ab Octauiani Augusti aeuo ad annum Christi MD floruerunt. Auctore D. Nicolao Antonio Hispalensi I.C... Curante Francisco Perezio Bayerio ... Tomus Secundus ab anno M ad MD*, Matriti, apud uiduam et heredes D. Ioschimi Ibarrae reggi quonsam typographi, MDCCLXXXVIII. Para la importancia de Pérez Bayer en los proyectos ilustrados, cf. López Fonseca (2008).

<sup>19</sup> En este punto, Nicolás Antonio añade al margen la siguiente nota: «Quintilianus lib. 2. *Institut. orat.* cap. ultimo». La referencia exacta es Quint., *inst.* 2, 21: *Gorgias quidem adeo rhetori de omnibus putauit esse dicendum ut se in auditoriis interrogari pateretur qua quisque de re uellet.*

<sup>20</sup> *Alphonsi Tostati Hispani. Opera omnia, Venetiis, apud Nicolaum Pezzana* (se imprimieron simultáneamente algunas copias con la indicación de otro editor, *ex Typographia Balleoniana*), 1728 (27 tomos). Efectivamente, hay ejemplares conservados de los dos editores, Nicolò Pezzana y Balleoniano.

Las obras del Tostado se imprimieron en Venecia, como se ha dicho, la primera vez en 1507, la segunda de orden de Carlos V en 1547, y la tercera en 1596 en veinte y siete volúmenes en folio. En Colonia se hizo la cuarta edición por Juan Ginimico en 1613 en trece volúmenes en el mismo tamaño, que comprenden todas las obras, que incluyen las antecedentes. Hay otra en 1615 en XXIV tomos en folio, de que hablaremos más abaxo. En 1728 se hizo en Venecia una nueva y hermosa edición: y, según asegura haber oído D. Nicolas Antonio, algunos tratados se habían impreso separadamente en Antuerpia en 1551, y en Sevilla y Salamanca.

Según estos datos, la edición de 1728 sería la sexta, pero parece que la edición de 1547, en realidad, no existió. Por ejemplo, E. Fernández Vallina (2012: 283) no la recoge y añade que la edición de 1507 fue encargada en última instancia por Cisneros y el emperador Carlos, y, además, no hemos podido localizar ningún ejemplar de esta edición en ninguna biblioteca<sup>21</sup>. Así pues, la edición de Venecia de 1728 es la quinta. Estos datos se antojan suficientes para afirmar sin miedo a equivocarnos que nuestro siglo XVIII recibió con admiración la obra de El Tostado y que era bien conocida por los ilustrados jesuitas.

### 3. PARALELOS ENTRE JUAN ANDRÉS Y EL TOSTADO: DEL HUMANISMO ILUSTRADO CRISTIANO

La posición ejemplar de Juan Andrés, creador de la historia universal y comparada de las letras y las ciencias y el mayor ejemplo dieciochista de erudito humanista, es la del humanismo ilustrado y cristiano (Arbillaga & Llopis 2010: 371). Su perfil intelectual como humanista está inevitablemente relacionado con un humanismo cristiano. En su doble vertiente de hombre de ciencia y religioso, fue capaz de conciliar los aspectos puramente científicos y racionalistas de su obra con la defensa y rehabilitación de los estudios teológicos y de la religión cristiana en sí misma. El humanismo del abate aúna elementos tan aparentemente dispares como su formación jesuítica, clasicista y erudita, el método traductográfico, filológico y exegético jeronimiano, y el espíritu crítico e interpretativo de Erasmo (Arbillaga & Llopis 2010: 377). Esta postura es plenamente coincidente, *mutatis mutandis*, con la que se observa en los humanistas, o prehumanistas, castellanos del siglo XV, entre los que se encuentra Alfonso Fernández de Madrigal. ¿Cómo no recordar que el madrigalense fue un hombre de iglesia, un hombre instruido en casi todos los saberes de su tiempo, erudito por antonomasia y con un claro perfil traductográfico, filológico y exegético

<sup>21</sup> Para una historia de las ediciones, cf. Fernández Vallina (2012: 282-288). Una bibliografía completa del autor y de las ediciones de sus textos, antiguas y modernas, puede verse en López Fonseca & Ruiz Vila (2017).

jeronimiano —baste recordar en este sentido lo que apunta en el *Comento a Eusebio*—? Este rasgo del humanismo cristiano ofrece su perfil más pleno en los tomos últimos de *Origen* dedicados a las Ciencias Eclesiásticas en los que se ocupa de los aspectos más arduos de la Teología, la Crítica, la Hermenéutica y la Exégesis bíblicas. En esta parte de su obra se muestra especialmente riguroso en sus fuentes y parece hacer un esfuerzo mayor si cabe recurriendo a una apabullante erudición. ¿Cómo no recordar la erudición desplegada por El Tostado en sus obras bíblicas o, por ejemplo, en el *Comento*, probablemente la que presenta un más claro corte humanista? Este perfil del humanismo cristiano se completa en Juan Andrés con los postulados ilustrados, su adscripción a los procederes racionales y rigurosos, el didactismo, la erudición científica y, cómo no, el progreso. Todo matizado por su historicismo, por su interés por el examen de los datos.

Por su parte, Alfonso Fernández de Madrigal<sup>22</sup> es claro exponente del pensamiento cristiano, es obvio, voluntariamente inmerso en la interpretación eclesial, de cuya ortodoxia no quiere apartarse. Pero, tras este punto de partida, introduce en la perspectiva de sus pensamientos no solo la tradición de la teología cristiana, sino a los pensadores paganos que cita insistentemente. No duda en traer a colación, en paridad con las *auctoritates* escolásticas y con los autores eclesiásticos, a los autores literarios de la Antigüedad clásica. Puede que no sea plenamente un humanista, que tenga conformada su mente y modo de expresión formal según los parámetros escolásticos, pero no deja de lado a los autores antiguos y su actitud filológica no deja de estar atenta a los nuevos aires rejuvenecedores de su entorno (Fernández Vallina 2011: 169-170). Así, si en cuestiones teológicas no se aparta del método escolástico, en los tratados más literarios o científicos es posible encontrar planteamientos cercanos a los de los humanistas italianos. Recordemos ahora, para dejar bien claro el paralelo con Juan Andrés, que su *Comento a Eusebio* no solo es el primer hito de tratamiento orgánico mitológico-mitográfico en nuestra historia literaria peninsular, sino que también constituye todo un argumento enciclopédico (filológico, historiográfico, bíblico-exegético, codicológico, poético). Con el *Comento*, Madrigal intenta facilitar la comprensión de la Sagrada Escritura, y para ello incluye la mención de los dioses y héroes de los gentiles ¿No parece que estemos hablando de *Origen, progresos y estado actual de toda la literatura*, que no es otra cosa que el primer intento de dar una interpretación universal de la cultura humana?

El siglo XVIII es época racionalista y universal por excelencia, época de plena confianza en la inteligencia, optimista y esperanzada, pero los hombres de cultura de la Ilustración no se volcaron sin más en la novedad, sino que, como ya se ha apuntado, se situaron entre dos mundos, con una base antigua y unos conocimientos modernos. ¿No parece, nuevamente,

<sup>22</sup> Para el incipiente humanismo del siglo XV y la postura de Madrigal, cf. Belloso (1989a y 1989c).

que estemos hablando del inicio del humanismo en la Castilla del siglo XV, donde los primeros autores que sintieron la llegada de un tiempo nuevo tenían un pie en el escolasticismo medieval y otro en el futuro humanista que se abría? Pero es que, además, del mismo modo que ocurrió con autores como Alfonso de Cartagena o Rodrigo Sánchez de Arévalo, por mencionar otros iniciadores del humanismo en Castilla, los jesuitas expulsos entraron en Italia en contacto con todo cuanto se producía en el campo del arte, la ciencia, la filosofía y la literatura. Se trata de hombres que vieron con claridad el tránsito a un nuevo orden, de generaciones fronterizas que miraban simultáneamente hacia atrás y hacia delante, como ya dijera Petrarca, aún en el siglo XIV, en sus *Rerum memorandarum libri* (1, 19, 4): *uelut in confinio duorum populorum constitutus ac simul ante retroque prospiciens*. En el XVIII, como en el XV, hay un afán por comprender todo cuanto se refiera al hombre, y ello en un extraordinario planteamiento erudito-enciclopédico que singulariza al siglo de la Ilustración, sí, pero que tiene un claro precedente en la obra de El Tostado. Por último, ¿no es también una curiosa coincidencia que tanto el abate como el obispo conocieran las lenguas latina, griega y hebrea?

En términos generales, en Juan Andrés hay un apego al Mundo Clásico que se manifiesta con claridad tanto en el orden de las ideas como en el de sus trabajos; la valoración literaria del mundo grecolatino fue esencial en sus planteamientos. Grecia y Roma son para él la base de la cultura europea, en lo que supone un claro puente con los humanistas del XV: la belleza literaria tiene un ejemplo a seguir en los clásicos, de ahí su admiración por los escritores del Renacimiento. Que Andrés fue un humanista minucioso queda demostrado, por ejemplo, con el trabajo desarrollado en su *Catalogo de'codici manuscritti della familia Capilupi di Mantova* (Mantua, Società all'Apollò, 1797).

#### 4. EL TOSTADO EN *ORIGEN, PROGRESOS Y ESTADO ACTUAL DE TODA LA LITERATURA*: ERUDICIÓN Y CIENCIAS ECLESIASTICAS

Las referencias de Juan Andrés a El Tostado en *Origen* inciden básicamente en dos ideas, a saber, la tremenda erudición de Madrigal y los beneficios de sus trabajos para el desarrollo de las Ciencias Eclesiásticas<sup>23</sup>.

##### 4.1. *DE LA ERUDICIÓN*

En el Capítulo XII, Tomo II, hablando de la «cultura de España» (I, 297), se refiere a importantes personalidades del siglo XV y asegura que en España las lenguas doctas y otros estudios semejantes no eran ni mucho

<sup>23</sup> Todos los textos se citan siguiendo la edición de P. Aullón de Haro (1997-2002).

menos desconocidos, y hace una auténtica reivindicación de los estudios en nuestro país, pues

a principios del siglo XV vemos al gran Alonso Tostado versadísimo en el griego, en el hebreo y en antigüedades sagradas y profanas, sin embargo de haber hecho todos sus estudios en la Universidad de Salamanca, sin salir de España y sin auxilio alguno de maestros extranjeros. Séame lícito observar aquí cuán vana es la preocupación esparcida comúnmente entre los literatos y multiplicada a manera de eco por las repeticiones de unos y otros, esto es, que España estuvo envuelta en densas tinieblas hasta que volvió a ella Antonio de Nebrija para disiparlas, habiéndose antes provisto de doctrina oportuna en las escuelas de Italia; pues es fácil demostrar que sin auxilio de Nebrija, el cual ciertamente dio mucha luz a los buenos estudios, florecían ya en dicha provincia no solo las Ciencias sagradas y legales, sino también aquellos conocimientos que forman la amena literatura.

Se refiere a la corte de Juan II, póstumo del Renacimiento, a la que junto a otros personajes destacados perteneció Madrigal, como «agradable albergue de las Musas» (I, 297), y, tras hablar, entre otros, de Juan Rodríguez del Padrón, Juan de Mena, Enrique de Villena o el Marqués de Santillana, insiste en el estudio de la lengua griega y la hebrea (I, 298):

Para gloria de Juan II y de su Corte bastará el testimonio de Pero Cándido Decembrio, el cual llama a aquel Príncipe doctísimo y amante defensor de los doctos, y dice que tenía en su compañía muchos hombres célebres y que gustaba de entretenerse en conversaciones eruditas. [...] No eran desconocidas a los españoles las lenguas orientales, puesto que, además del Tostado, Rodrigo Fernández y otros teólogos que se ejercitaron en el estudio de la griega y hebrea, la grande obra de la políglota en que intervino, y no como principal, el mismo Nebrija es una prueba evidente de que antes de su vuelta a Italia se cultivaban en España los estudios de las lenguas orientales.

En el Capítulo III, Tomo VI, Libro III, a propósito de la Cronología y su restablecimiento, hace mención a la obra de Eusebio, trabajo erudito por antonomasia, y a la monumental labor desarrollada por Madrigal en su comentario (III, 416):

La verdadera Cronología se puede decir extinguida con la crónica de Eusebio, en la cual se ve ya el trabajo de un erudito que más cuidado ponía en acumular hechos y tiempos recogidos por otros que en combinarlos y fijarlos con aguda y severa crítica; y después no se vio renacer hasta el siglo XVI, cuando la lectura de los escritores antiguos y las observaciones de los antiguos monumentos hicieron conocer los errores de la vulgar Cronología [...] Osadía fue del Tostado el emprender, a principios del siglo XV, las espinosas investigaciones que lleva consigo su voluminoso y erudito comentario de la Crónica

de Eusebio. Pero ¿qué podía él hacer, en medio de la obscuridad de aquellos tiempos, en materias que necesitaban tantas luces de crítica y erudición?

Pero la ponderación extrema de su erudición y sabiduría se ve plasmada en textos como los siguientes. En el Capítulo IV, Tomo XI, Libro I, a propósito de los progresos de la Teología hasta el siglo XVI (VI, 256), apunta: «¿Quién no conoce a aquel vasto océano de conocimientos, especialmente sagrados, a Alfonso Tostado, llamado *el Estupor del Mundo* por la vastedad de su saber y la abundancia de sus escritos?»; en el Capítulo I, Tomo XI, Libro II, a propósito de la crítica bíblica, dice (VI, 340): «El afamadísimo Alfonso Tostado fue un portento de erudición y crítica, especialmente visto el estado de las letras a comienzos del siglo XV»; y en el Capítulo III, Tomo XI, Libro II, a propósito de la exegética bíblica, señala (VI, 449-450):

Dotado de algún conocimiento de griego y hebreo y abundante erudición, en el siglo XV el célebre Alfonso Tostado entró a comentar las Escrituras y compuso veinticuatro e incluso más tomos en folio de comentarios; y, aunque lo prolijo y extenso de tantos volúmenes no venga a alabar sus méritos, es feliz pese a todo en sus digresiones, y en todo se muestra doctísimo y profundamente versado en el estilo y la práctica de las Escrituras. Si según se acostumbraba en aquellos tiempos, abunda en cuestiones a menudo inútiles e intempestivas, estas son en general más amenas que las de otros escolásticos y son tratadas por él con mayor erudición, y, aunque sus comentarios sean hartos extensos y pesados, se pueden leer pese a todo, y hoy en día los lee incluso con provecho quien quiere introducirse en los estudios bíblicos.

#### 4.2. DE LAS CIENCIAS ECLESIASTICAS

No obstante lo dicho, más allá de la admiración que pudiera producir la figura del madrigalense en Juan Andrés por su vastísima erudición, sin duda, su interés por él se alimenta básicamente por el beneficio que supusieron sus trabajos para las Ciencias Eclesiásticas. El abate realiza en su obra una clasificación en la que el apartado «Ciencias» se divide en «Naturales» y «Eclesiásticas». A su vez, las primeras incluyen las Matemáticas, Física y Filosofía, mientras que las segundas se dividen en Teología, Ciencia Bíblica (a su vez dividida en Crítica bíblica, Hermenéutica bíblica y Exegética), Historia Eclesiástica y Derecho Canónico (Aullón de Haro 2016: 92; Garrido Zaragoza 2002: 209). Se comprueba que Alfonso Fernández de Madrigal aparece citado fundamentalmente en el Volumen VI dedicado a las Ciencias Eclesiásticas. En el Libro I («Origen, progresos y estado actual de la Teología») concretamente en el Capítulo IV («De los progresos de la Teología hasta el siglo XVI» —VI, 256—); en el Libro II («Origen, progresos y estado actual de la Ciencia bíblica») en el Capítulo I

(«De la Ciencia bíblica» —VI, 340—) y en el Capítulo III («De la Exegética bíblica» —VI, 449; 482—).

A propósito de la importancia de las Ciencias Eclesiásticas, hay que destacar lo que adelanta en el Capítulo XII, Tomo II, hablando de la «mejora de toda la literatura en Europa» (I, 300-301):

las ocupaciones de la mayor parte de los literatos eran el estudio de las lenguas, el buscar libros antiguos, las traducciones, los comentarios y las ilustraciones. De estos estudios era preciso que resultasen no pequeñas ventajas a las Ciencias Naturales y a las Eclesiásticas. Con la lectura de buenos autores se aprendía a lo menos el recto modo de pensar y se adquiría el buen gusto, que parecía estar casi del todo perdido por las vanas sutilezas y por la jerga escolástica.

La verdadera recuperación tras la escolástica, auténtica decadencia de las letras sagradas, llegará según Andrés a fines del siglo XV con el reconocimiento de las Bellas Letras en Italia, pero será en los siglos XVI y XVII cuando las ciencias sagradas alcancen nuevamente su esplendor. La Biblia es el fundamento de la Teología<sup>24</sup> y, en general, de todas las ciencias que atañen a la religión, razón por la cual su estudio ha de ser prioritario para los teólogos. Poco más adelante habla nuevamente de la importancia del estudio de las lenguas de la Antigüedad, lo que facilitó la lectura e inteligencia de los padres griegos y latinos, de donde, a su vez, provino el mayor conocimiento de las materias sagradas, circunstancia a la que se sumaba el empuje que supusieron los concilios para obligar a los teólogos a centrarse en el estudio sosegado y profundo de la Escritura. Termina esta reflexión diciendo (I, 301-302):

El celo de la Religión y el amor de la patria se unían entre sí y suministraban armas a la elocuencia y sabiduría de aquellos doctores, para sostener con vigor su doctrina y no permitir que quedase vencido el partido que seguían; y es fácil pensar cuánta luz sacarían de tales disputas la Teología y la Religión. Para defensa de esta y ventaja de los estudios sagrados, florecieron en aquellos tiempos Juan Gerson, Nicolás Cleranges, Zabarella, Juan de Segovia, Torquemada, el Tostado y otros insignes teólogos.

Súmese lo que ya se ha anotado a propósito de su erudición (VI, 256 y VI, 449) y sus ventajas para las Ciencias Eclesiásticas. Y es que Madrigal se ocupó, sí, de libros antiguos, de traducir, de comentar, pero también de la Biblia. En este último pasaje citado (VI, 449), Andrés alude sin duda a todas sus comentarios bíblicos: *Commentaria in Genesim, in Exodum, in Leviticum, in librum Numerorum, in Deuteronomium, in Iosue, in Iudices et*

<sup>24</sup> Para un desarrollo de la visión de la Teología de Juan Andrés, cf. Garrido Zaragoza (2002: 211-222).

*Ruth, in libros Regum, in Paralipomenon, in Matthaëum*, obras todas estas a las que se suman, además de las de naturaleza moral, litúrgica, sociopolítica y mitológico-historiográfica, sus obras teológicas.

En fin, esa amplia erudición y su importancia para las Ciencias Eclesiásticas se resumen en el «Índice alfabético de las cosas más notables que contiene este tomo» (VI, 482) de la siguiente forma: «Tostado, Alfonso: Fue crítico erudito de los estudios bíblicos, 340. Comentó las escrituras, 449».

## 5. A MODO DE CONCLUSIÓN

Podría llegarse a la conclusión de que la Ilustración y la Filosofía son incompatibles con la religión y la piedad, pero Juan Andrés, sin embargo, mostró gran interés en que no se llegase a esa conclusión. Y es que

sabe perfectamente que las ciencias eclesiásticas son tenidas en poco aprecio en el siglo XVIII, situación que no le satisface [...] se ha dado cuenta de que se ha iniciado un proceso que hoy llamaríamos «secularización». El siglo XVIII manifiesta un índice alto de irreligiosidad, y las mejores cabezas del mismo, o al menos las más aplaudidas, como los llamados «filósofos», no dudan en atacar la religión cristiana (Garrido Zaragoza 2002: 215).

Puede que esto motivara a Juan Andrés a desarrollar por extenso las Ciencias Eclesiásticas en su obra intentando demostrar que el saber y la erudición son compatibles con el Cristianismo y la Teología, en una situación que nos recuerda a la que se dio precisamente con los primeros humanistas del siglo XV en que se pretendía conciliar Humanismo y Cristianismo. El humanismo cristiano de Juan Andrés y la identificación de elementos humanísticos en su obra son una realidad. Lo que encontramos en los libros dedicados a las Ciencias Eclesiásticas no es tanto meramente una historia cuanto un juicio crítico sobre los autores y obras que se habían dedicado a estos temas a lo largo de la historia: aquí es donde entra El Tostado. La figura del madrigalense atravesó los siglos que median entre el XV y el XVIII para llegar envuelto en un halo de prestigio debido a su erudición y producción. Las coincidencias entre las dos épocas, así como el hecho de que ambos autores fuesen hombres de Iglesia, con una relación similar con el saber y la tradición, representantes de un humanismo cristiano, ayudaron a que la magna obra del abate recogiese como importante punto de referencia a Madrigal, tanto por su inmensa erudición, paralela a la necesaria para el desarrollo de una obra como *Origen*, como por el beneficio que las obras de El Tostado supusieron para el posterior desarrollo de las Ciencias Eclesiásticas. Además, los testimonios de otros ilustrados demuestran que la figura de Alfonso Fernández de Madrigal no solo era bien conocida en el Siglo de las Luces, sino que, además, hubo un interés claro en sus obras que se tradujo



en una nueva edición, hecho este que, sin duda, contribuyó a su difusión. Juan Andrés y el siglo XVIII supieron reconocer la importante deuda que, en el transcurso de los siglos, el hombre ha contraído con quienes nos han obsequiado con un extraordinario patrimonio artístico, literario, filosófico y científico, acreedores entre los que están Alfonso Fernández de Madrigal y el siglo XV.

## 6. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ANTÓN MARTÍNEZ, B. (2005): «La Ilustración. La teoría política y la historiografía», en Signes Codoñer, J. *et al.* (eds.), *ANTIQUAE LECTIONES. El legado clásico desde la Antigüedad hasta la Revolución Francesa*, Madrid, Cátedra, 485-491.
- ARBILLAGA, I. & LLOPIS, I. (2010): «El humanismo cristiano de Juan Andrés y el viaje a Italia como fenómeno humanístico», en Aullón de Haro, P. (ed.), *Teoría del Humanismo. Vol. VI*, Madrid, Verbum, 371-403.
- AULLÓN DE HARO, P. (dir.) (1997-2002): *Juan Andrés. Origen, progresos y estado actual de toda la literatura*, 6 vols., edición de J. García Gabaldón, S. Navarro Pastor y C. Valcárcel Rivera, Madrid, Verbum.
- AULLÓN DE HARO, P. (2016): *La Escuela Universalista Española del siglo XVIII. Una introducción*, Madrid, Sequitur.
- BATLLORI, M. (1966): *La cultura hispano-italiana de los jesuitas expulsos: españoles, hispanoamericanos, filipinos. 1767-1814*, Madrid, Gredos.
- BELLOSO, N. (1989a): *Política y humanismo en el siglo XV. El maestro Alfonso de Madrigal, el Tostado*, Valladolid, Universidad de Valladolid.
- BELLOSO, N. (1989b): «El pensamiento filosófico-político en la Universidad de Salamanca en el siglo XV», *Estudios Filosóficos* 107, 41-62.
- BELLOSO, N. (1989c): «Perspectivas antropológicas en el humanismo de Alfonso de Madrigal, el Tostado», *Cuadernos de Realidades Sociales* 33-34, 111-122.
- CASSIRER, E. (1972<sup>3</sup>): *Filosofía de la Ilustración*, trad. E. Ímaz, México-Madrid, FCE.
- CUESTA, L. (1950): «La edición de las obras del Tostado, empresa de la corona española», *RABM* 56, 321-334.
- DOMÍNGUEZ MOLTÓ, A. (1978): *El abate D. Juan Andrés Morell (un erudito del siglo XVIII)*, Alicante, Institut d'Estudis Alacantins.
- FERNÁNDEZ VALLINA, E. (2011): «La importancia de Alfonso de Madrigal, “el Tostado”, maestreescuela en la Universidad de Salamanca», en Rodríguez San Pedro Bezares, L.E. & Polo Rodríguez, J.L. (coords.), *Salamanca y su universidad en el Primer Renacimiento: siglo XV*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 161-178.
- FERNÁNDEZ VALLINA, E. (2012): «Manuscritos y ediciones del Tostado: caminos de ida y vuelta», *Helmantica* 190, 277-289.
- GARRIDO PALAZÓN, M. (1995): *Historia literaria, enciclopedia y ciencia en el literato Juan Andrés. En torno a «Del origen, progresos y estado actual de toda la literatura»*, Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert.
- GARRIDO ZARAGOZÁ, J. J. (2002): «La recuperación moderna de las ciencias eclesiásticas en el abate Juan Andrés», en Aullón de Haro, P., García Gabaldón,

- J. & Navarro Pastor, S. (eds.), *Juan Andrés y la teoría comparatista*, Valencia, Biblioteca Valenciana, 193-222.
- GIUSTINIANI, V. R. (1985): «*Homo, humanus, and the meaning of Humanism*», *JHI* 46.2, 167-195.
- GLENDINNING, N. (1993): «Literatura y sociedad en España durante el siglo XVIII», en *Historia de la literatura española. El siglo XVIII* (edición aumentada y puesta al día, dirigida por R.O. Jones), Barcelona, Ariel, 17-71.
- HAN, B.-CH. (2015): *El aroma del tiempo. Un ensayo filosófico sobre el arte de demorarse*, trad. P. Kuffer, Barcelona, Herder.
- LÓPEZ FONSECA, A. (2008): «La formación clásica de Francisco Pérez Bayer y los proyectos ilustrados: ensayo, erudición y crítica en el siglo XVIII español», *Torre de los Lujanes* 63, 171-189.
- LÓPEZ FONSECA, A. & RUIZ VILA, J. M. (2017): «Alfonso Fernández de Madrigal, “El Tostado”: un ensayo bibliográfico», *TEMPVS* 41, 7-40.
- MESTRE SANCHIS, A. (2000): «Humanismo e Ilustración: Cerdá Rico», *BH* 102.2, 453-471.
- PENA GONZÁLEZ, M. A. (2015): «La “Escuela de Salamanca”: un intento de delimitación del concepto», en Poncela González, A. (ed.), *La Escuela de Salamanca. Filosofía y Humanismo ante el mundo moderno*, Madrid, Verbum, 83-130.
- PÉREZ HERRANZ, F. M. (2016): *Lindos y tornadizos. El pensamiento filosófico hispano (siglos XV-XVII)*, Madrid, Verbum.
- PÉREZ PRIEGO, M. Á. (ed.) (2007): *Fernando del Pulgar. Claros varones de Castilla*, Madrid, Cátedra.
- REZAGAL Y UGARTE, J. DE (1805): *Biblioteca de los escritores que han sido individuos de los seis colegios mayores*, Madrid, en la imprenta de Sancha.
- RODRÍGUEZ SÁNCHEZ DE LEÓN, M.<sup>a</sup> J. (2010): «Humanismo, Ilustración y los estudios literarios», en Aullón de Haro, P. (ed.), *Teoría del Humanismo. Vol. VI*, Madrid, Verbum, 329-369.
- SÁNCHEZ-BLANCO, F. (1999): *La mentalidad ilustrada*, Madrid, Taurus.
- TATE, R.B. & ALEMANY FERRER, R. (eds.) (1982): *Alfonso de Palencia. Epistolas latinas*, Bellaterra, Universitat Autònoma de Barcelona.
- VIDAL GONZÁLEZ, F. (ed.) (2003): *Gómez Manrique. Cancionero*, Madrid, Cátedra.